

Biblioteca Nacional 21

**DIRECTORA:**

SARA CASAL/da. DE QUIROS  
Apartado 1239  
OFICINA mi casa de  
habitación N° 2730  
Teléfono 3707  
BARRIO: LA California  
Av.. 1ª Calles 27,29

**REVISTA**  
**COSTARRICENSE**

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI  
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

56  
2450  
C.R.

AÑO XVIII

San José, C. R., Domingo 27 de Julio 1947

No. 738

OFICINA DE CANJES  
SAN JOSE DE COSTA RICA, AMERICA CENTRAL

## Se Pinta el Mar

Por EDUARDO MARQUINA

(Gran escritor y conferencista español, fallecido  
en New York el año pasado)

La tierra es toda vida  
el mar es todo amor.  
En el mar hay escondida  
una fuente más grande que la vida;  
la tierra es criatura, y el mar es creador.

Todo el mar es misterio resonante  
y la palabra inicial:  
nada hay a espaldas de él, nada hay delante;  
el mar es una eternidad constante  
y un movimiento en lo inmortal.

Escapa al pertinaz conocimiento  
y prolonga en fantasma la visión;  
el mar es elemento  
hermano del pensamiento  
y lecho azul de la imaginación.

Las mujeres suspiran  
cuando a la tarde miran  
la gran fatiga, hecha pasión, del mar;  
toda mujer quisiera  
en una noche encapotada y fiera  
estarse a solas abrazando el mar.

Los marineros de carnosa frente,  
estatuas que han escuchado su gárra omnipotente,  
pasan como hombres tipos a la orilla del mar;  
llevan en sus pupilas el misterio  
y tienen un hablar de magisterio,  
mumado en su nodriza la recia tempestad!

Los barrios, junto al mar, de pescadores,

son hornos de fantásticas mentiras,  
canas de unos deseos buscadores,  
renuevos de la tierra en arriesgadas jiras.

Las noches en las casas marineras,  
vienen con aparato de quimeras  
poniendo luces rojas en todas las ventanas;  
detrás de los cristales arden unas pupilas  
espiondo las sombras, intranquilas  
y en atisbo de barcas lejanas.

Entre las rocas de la costa alzada  
se oye un extraño hablar, de madrugada,  
de gentes que en la noche vigilaron;  
las barcas, animadas de un deseo,  
tienen un misterioso balanceo  
y nunca se están quietas en donde las dejaron.

¡Oh mar! ¡Oh extraño mar! ¡Oh gran misterio!  
Oh! ¡No saben tus gentes el imperio  
que ejerces en sus almas!

Tú has sabido, a través de las edades,  
garantizar con tus altas tempestades  
la majestad suprema de tus calmas.

¡Santo mar, fuerza nueva, agua querida,  
adobo espiritual de nuestra vida,  
campo siempre fecundo a la mirada!  
¡Sólo tú, cuando un ansia la enajena,  
pones la gracia de una paz serena  
en la pupila fácil de la Amada!

## El Desahucio

### I

Aquella insignificancia de la guía, el clásico Baedeker de pasta roja granulada que por dos veces se le escapó al viajero de las manos, fué la causa ocasional de que se descubrieran mutuamente su nacionalidad. Iban los dos solos en el compartimento de primera del corto de Lyon a Ginebra; el viajero, un hombre en la fuerza de su edad, como en sus treinta años, de rostro demacrado y ojos tristes, envuelto en un recio ruso, pues ya alboreaba Noviembre, y la Hermana de San Vicente más joven que su camarada, también de flácido semblante, arrebujada en un gran chal de lana negra y resaltando las alas blancas de su toca como una nota vivísima en el pálido crepúsculo otoñal de la tarde brumosa, más pálido aún en las angosturas de los desfiladeros que preceden al Lúlor, verdadero pasillo de altos muros de rocas.

—¡Canastos! — exclamó el viajero, impaciente, en castellano.

La Religiosa al oírlo se volvió bruscamente, y dijo sin poder contenerse:

—¿Es usted español?

—¡Y usted también, por lo visto, Hermana!

La identidad de patria en ocasiones tales borra súbitamente todos los convencionalismos sociales y todas las distancias. Dos desconocidos se sienten de pronto amigos.

—Pues si no es por esa Guía providencial probablemente hubiéramos hecho el viaje sin descubrirnos... ¿Va usted muy lejos, señor?

—No, Hermana, a Lausanne.

—Otra casualidad. ¡Y yo también!

—¡Me felicito de ello! Pero sin duda alguna no la llevará allí un motivo tan triste como el mío.

—¡Quien sabe!

—Yo, ya me lo habrá conocido en la cara, soy un enfermo, y un enfermo grave del pecho. Desahuciado por yo no sé cuántos médicos de Madrid y París. ¡Voy a la clínica del doc-

tor Wolf a que me reconozca; ¡Es la última carta de la vida que me juego!

El rostro de la Hermana, se iluminó dulcemente.

—¡Cuando le digo a usted que este encuentro es obra de Dios! A mi vez yo también voy al mismo sanatorio y con idéntico objeto.

Una sonrisa ligera y escéptica se dibujó en los labios del viajero.

—¡Sí que es extraña casualidad!

—Más que casualidad, señor. Corrija la Hermana frunciendo las cejas; —designio de lo alto.

—¡Como usted guste!

Las cejas de la Hermana aún se arrugaron más. Comenzó una cansada serie de tóneles que cortaron la conversación, y entraron luego otros viajeros que le dieron fin. Hasta apearse en la ruidosa estación de Lausanne no volvieron, pues, a cambiar sus monosílabos, continuando la jornada, él indiferente y ella mirándole a hurtadillas como queriendo estudiar en su semblante pálido la certeza de un coloroso presentimiento.

### II

La Hermana de la Caridad recibió la terrible declaración facultativa impasible, y la recibió ruda y franca, como la había exigido, sin paliativos ni atenuantes. Su dulce serenidad no pudo por menos de producir la admiración del doctor Wolf, la que se le asomó a sus pupilas, claras y aceradas, defendidas por los cristales de sus gafas de oro, hechas a leer en el corazón de los que de todas las partes del mundo salvaban aquellos umbrales del lindo sanatorio de la orilla del lago rodeado de pinos.

Ya lo sabía ella sin necesidad de que la ciencia pronunciase el *lasciate ogni speranza*; ya sabía que su tuberculosis alcanzaba un desarrollo para el que no había humano remedio. Por su gusto no se hubiera movido de la casa-pensión, hubiera renunciado al pesado y largo

viaje a Suiza; pero la madre superiora se había empeñado en que lo realizara; era un deber apurar hasta el último recurso, y había obedecido de buen grado, afrontando valientemente el desahucio de su vida.

Después de todo no le importaba gran cosa. ¿No había hecho, desde luego, el sacrificio de ella al ceñirse el burdo sayal gris y al cubrirse con las immaculadas tocas? ¿No había ofrecido su existencia sin condiciones al abrazar aquel santo estado, que la forzaba a correr el riesgo de todos los contagios en los hospitales? No sintió, pues, el desaliento del que oye una sentencia de muerte; sintió más bien el dolor de sucumbir obscuramente, de no caer como un soldado en el campo de batalla, de no morir de una infección cogida a la cabecera de un colérico o de un tífico, de algo adquirido directamente por amor al prójimo, no considerando en su abnegación que sin duda alguna le había acelerado la tisis el rudo bregar de su ejercicio caritativo.

Oyó, pues, tranquila y resignada el duro dictamen, que agradeció con una sonrisa; resignada y tranquilamente acogió las frases inútiles con que el médico quiso dulcificar su pronóstico; y cuando se hubo retirado a su cuarto, arrodillóse ante la mesita en que había colocado el crucifijo de marfil que siempre llevaba consigo, y cruzando las manos, que elevó juntas hacia el Cristo, exclamó sin el menor temblor de voz:

—¡Hágase, Señor, tu santísima voluntad! Luego se puso a rezar su rosario.

### III

Demudado, lívido, impulsado por una ter-

rible agitación nerviosa, el viajero iba y venía sin recorrer más de cincuenta pasos, por aquel sendero orillado de trébol que serpenteaba al borde mismo del agua en la falda del montecillo en que estaba enclavado el sanatorio en las afueras de la población, y desde el que se descubría la inmensa sábana del lago sereno rodeado de quintas, con las casas de Lausanne en la altura y el puerto de Ouchy en lo hondo. El sol iba a ponerse detrás del Mont-Blanch, y la naturaleza entera se vestía de oro para despedirlo.

—¡Y tener que renunciar a todo eso! — murmuró el viajero.

Cesó luego en sus paseos, sentóse en una piedra y escribió dos líneas en una hoja de su cartera con el estilógrafo; después hundióse en una profunda meditación, y al cabo, levantándose repentinamente como un loco, se quitó el sombrero con un movimiento maquinal y se fué a lanzar al agua...

Alguien le detuvo en seco. Volvióse bruscamente y vió ante él a la Hermana de la Caridad que le había asido de un brazo, diciéndole con voz compasiva:

—¿Qué va usted a hacer, desdichado?

El viajero, sorprendido, no contestó al pronto; luego balbuceó con voz ronca:

—A concluir de una vez... ¡Sé que es:oy perdido!

—¡Ah, no me había equivocado presintiendo sus ideas!... ¿Pero es posible? ¿Es posible que haya usted caído en esa tentación criminal? ¿Cree usted que es usted solo el sentenciado? También yo lo estoy, y me resigno. ¿Qué vamos a perder? ¡Lo efímero, lo transi-

## BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECE: magníficos géneros de lino para manteles, crudo muy ancho. Y crudo con cuadros de colores. Géneros para cortinas. Tela plástica para capas, etc. Hilos de toda clase para bordar y gran surtido de lanas para tejer.

torio, lo terreno! ¡Nos queda la otra vida, que usted iba a cerrarse por toda la eternidad; nos queda la compensación!

Nunca había oído el viajero palabras tan consoladoras, nunca le habían hablado así, nunca había visto figura tan inmaculada. Una luz nueva se hizo en su cerebro, y dos lágrimas silenciosas se le asomaron a los ojos...

—¿Llora usted? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Está salvado!

—¡Sí, sí. Hermana! Estaba ciego, pero de pronto he comenzado a ver!

Y ambos cayeron de rodillas ante el oro con que el sol despedía a la tarde.

*Alfonso Pérez Nieve*

## Giovanni Papini

Nacido de humilde familia florentina, hijo de padre ateo, bautizado en secreto y educado sin Dios, Papini no hizo, por añadidura, estudios clásicos, ni aun siquiera siguió el Curso regular de los estudios escolares. El hecho este no lo singulariza sin embargo, como pudiera creerse. ¡Que hombre hay de su generación, a quien la escuela haya verdaderamente enseñado algo más fuera de elementales disciplinas, reducidas a un tecnicismo inmediatamente utilitario! No era en los colegios donde se aprendía a pensar hace algunos años. Todos los jóvenes de entonces que más tarde conquistaron su dominio propio, eran, en cierto modo, autodidactos. Hasta la edad de catorce años Papini devoraba los pocos libros que podían figurar en la Biblioteca de un pequeño burgués toscano liberal de la época.

Logra en fin penetrar en la Nacional de Florencia donde tiene un millón de libros a su disposición. Su programa es sencillísimo: quiere saberlo todo. Pues nunca será Papini el hombre de la mediocridad: o todo o nada.

El mismo declara que, hijo de padre ateo y bautizado a hurtadillas, creció sin oír misa,

sin catecismo, sin instrucción religiosa. Niño aún, se encontró en un medio ateo. De Dios no había tenido necesidad de alimentar su alma puesto que para él jamás había existido.

Y agrega, con un dejo de melancolía: ¡Y era preciso que yo comenzase a nacer y a vivir así!"

EL LITERATO.—Papini es el tipo de una época. Emerson lo habría colocado en su galería de hombres representativos. Analizar el conjunto de su obra tan compleja, abundante y fluctuosa, puede parecernos de una dificultad desalentadora, casi insuperable.

Su inmensa erupción de pensamiento no se deja juzgar fácilmente ni es posible ordenar tanto hacinamiento de libros y de artículos.

En 1903 secundado por un grupo de jóvenes fundó una revista literaria, filosófica, artística, que llamó "Leonardo", órgano del Pragmatismo italiano.

El "Leonardo" es reemplazado por la "Voz", cuya fecunda existencia, que se prolongó hasta 1916, ha ejercido una magna influencia en medio de la juventud italiana. En fin, en Abril de 1921, publicó su "Storia di Cristo". La habían precedido 23 libros, sin contar artículos y ediciones de textos de todas clases.

EL IDEAL.—Una idea primordial brilla en la obra de Papini. El no atribuye importancia más que a la vida cerebral. Segn él, la vida no es más que espíritu, y solo el espíritu merece consideración. Las siguientes frases de uno de sus artículos pueden constituir un epígrafe para su obra:

"Quisiera, en resumen, que se comprendiese como las vicisitudes espirituales, cerebrales, in-

## Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad



## *La salud-en su formación.*

Desde el comienzo mismo, el alimento del bebé es de suma importancia. Si por cualquier motivo la madre no puede ella misma dar de alimento al bebé, no hay porqué preocuparse pues el Cebada 'Patent' de Robinson con leche de vaca es un sustituto satisfaciente.



## **CEBADA 'PATENT' de ROBINSON**

Agentes: COSTA RICA MERCANTIL CO., San José

telectuales de un hombre— aun cuando no aparezcan en todos los hombres— pueden tornarse materia de arte como las ordinarias vicisitudes sentimentales, amorosas, donjuanescas...

"Quisiera hacer comprender como esta vida profunda y misteriosa del espíritu, esta vida amalgamada de ideas absurdas, de problemas insolubles, de extraordinarias dudas o de certezas inexplicables, esta vida que no pertenece a todos, pero que es más intensa y más elevada que a la que todos pertenecen, esta vida, al parecer fría y silenciosa, puede estar impregnada de pasión y de heroico furor, de intrigas

y de traiciones, de sorpresas y de milagros, de aventuras maravillosas y de inesperados desenlaces, de la misma manera como pueden estarlo la vida de los héroes de novelas o de tenores de ópera".

**SUS VAGANCIAS.** —Espíritu tan apasionado, tan innovador, debía vagar largos años por el árido desierto de tantos sistemas científicos... y de pronto, desilusionado, comprende que la ciencia es, como alguien dijo, la gran vanidad del siglo.

Después se lanza tras los sistemas filosóficos y le conducen a la negación integral. Sueña con una destrucción del mundo y más radical

que Shopenhauer, media en una forma de suicidio universal para dar término a todos los sufrimientos inútiles de los hombres. Es la época de la gran depresión después del fracaso de la primera apariencia en el dominio científico.

De este tiempo es su primer libro de filosofía: El Crepúsculo de los Filósofos. Papini demuele las teorías de los seis grandes jefes de escuela: Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer y Nietzsche.

Y así de ensayo en ensayo cae en los brazos del cristianismo... que dirigía "Cultura del alma", todos los escritos de polémica religiosa que él había publicado en 1908 y 1914. Podemos considerar este conjunto como una especie de inventario espiritual antes de tomar más decididamente el camino del evangelio. Ya desde 1908, en el artículo intitulado "La Religión se basta" Papini defendía la creencia religiosa contra el cientismo racionalista y demostraba que ella llegaba a resultados que quedan muy lejos para la filosofía: "La vida religiosa concibe y lleva a cabo tales síntesis que quedan inconcebibles aun para la más fuerte dialéctica".

Después hace una implacable crítica del "Ecce Deus" de W. B. Smith, y proclama a Cristo como uno de los más grandes renovadores de los valores éticos de la humanidad.

Llega hasta defender el catolicismo contra los cristianos libres. Pues, si tuvo, raras veces burla para el catolicismo, siempre ha sentido viva repulsión hacia las sectas protestantes.

Lutero es uno de los grandes enemigos. El latino, él, italiano, se subleva contra el mal que el monje germánico ha hecho al espíritu de su raza.

LA CONVERSOIN.—Tales son los antecedentes religiosos de la "Storia di Cristo". Está muy lejos de ser aislada esta obra de Papini. Ella parece, así, preparada por una serie de meditaciones sobre el problema religioso, y del ateísmo a la fé, la revolución está indicada; por muchas observaciones que se justarán cuando el paso definitivo sea dado.

¿Cómo Papini llegó a él? Ha puesto una especie de pudor en no querer explicarse acerca de los detalles de su conversión. Por lo que conocemos de su espíritu, se puede decir que no ha habido en él la milagrosa iluminación del camino de Damasco, sino la paciente conquista de una verdad, con la ayuda de la razón... De una de sus cartas extractamos este pasaje:

"Mi crisis cristiana comenzó en 1916, bajo la impresión de la guerra, y después de volver a leer a Tolstoi y Dostoiewsky. El estudio de la historia me llevó al Evangelio, el Evangelio me ha reconducido a Cristo y Cristo a la Iglesia. Mis primeros artículos cristianos son de 1919. He comenzado la Historia de Cristo en Agosto de 1919 y la terminé en 1920 en el mes de Octubre.

(Continuará)

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,  
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

**EN LA FARMACIA FISCHEL**

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,  
SUEROS Y VACUNAS

*Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.*

# N O V E L A

—No los forjes demasiado perfectos, hija de mi alma. Sería también muy de lamentar que el ídolo se te hiciese añicos a las primeras de cambio —sonrió la abuela.

Yo había tomado asiento en un taburete a los pies de abuelita, que se arrellenaba en su ancha butaca de terciopelo granate. Dejé descansar mi cabeza sobre sus rodillas y suspiré. Las manos señoriles de mi abuela alisaron suavemente mis cabellos, un poco alborotados.

—¿Qué quiere decir ese suspiro, Matilde?

—Ni yo misma lo sé, abuela. Acaso es porque pienso que ese ideal no cruzará nunca a mi alcance.

—¿Qué sabes tú? Puede pasar por tu lado cuando menos lo esperes, en las circunstancias más absurdas: el dedo de Dios, al marcar tu destino, habrá marcado también el de otra alma gemela de la tuya y en el punto y hora en que él lo disponga, os cruzaréis en el camino.

—¿Y si no nos cruzamos nunca, abuela? —pregunté, con una vaga angustia.

—Entonces, habrás de plegar tu vida con resignación a la voluntad de Dios. Será porque no es tu destino el de casada; pero ten la certeza de que si caminas siempre por la senda señalada por él, sin rebeldías, su santa gracia no te abandonará un instante, y en el cumplimiento de tus deberes —sean cuales fueren— encontrarás siempre la más intensa felicidad. Escucha, hija mía: despliega todas tus facultades perceptivas para saber adivinar cuando pasa el amor por delante de tu tienda. Y cuando pase, tiéndele tus brazos... No lo dejes escapar, no trafiques con él, cambiándolo por estúpidas conveniencias. Algunas de tus amigas tienen un carácter muy distinto del tuyo: son precoces mundanjas, espíritus frívolos y vacuos a quienes basta para ser felices, eso que se llama un casamiento ventajoso: trapos, joyas, un tren principesco, una vida ajetreada de sociedad y una corona heráldica con todas sus prerrogativas pero tú tienes un alma afectuosa y ardiente y el día

que te des, te darás por entero. Si la vida te negara entonces las compensaciones que tienes derecho a exigir, sufrirás horriblemente. Yo soy, como tú, una Serralba; tu abuelo y yo éramos primos. Pues bien: yo que he sufrido mucho, te aseguro que los Serralba sufren intensamente. No todo el mundo puede sufrir igual. Y el matrimonio y el amor son una cosa muy seria. Prométeme que no "buscarás" ese novio que para nada necesitas, y que, como el árabe del proverbio, sabrás esperar...

—Sí abuela; yo te prometo que me sentaré a la puerta de mi tienda y vigilaré día y noche, para estar alerta "cuando pasa el amor..."

—Es que sería muy triste, nenita, que mientras tú "flirteases" con ese novio para pasar el rato, el amor cruzara por delante de tu puerta... y tú no lo vieras!

Inefable y tierna sonrisa distendía los finos labios de mi abuela... ¡Qué comprensiva es! Su mano continuaba acariciando mi melena y yo pensaba que había sido verdaderamente una loca dejándome llevar por las extravagantes ideas que me embargaron al comenzar la conferencia.

Ahora, me sentía llena de una paz grande, de una inquebrantable fe en el porvenir. Con la cabeza apoyada en el regazo de mi abuela, sentía una voz alegre cantando en mi alma como estribillo que rezumase esperanza... "Cuando pasa el amor...". Sí, cuando pasa el amor, hay que echarle el guante.

*Madrid, mayo...*

Esta noche he dormido mal, circunstancia muy rara en mí, que suelo pasarlas de un tirón. He tenido unos sueños disparatados, que sin llegar a ser pesadilla, me han hecho padecer, y el centro de todos ellos ha sido la figura de ese compañero de tren que viajó durante un par de horas con Irene y conmigo, va para dos años. Es estúpido pensar de esta manera respecto a un desconocido y asociar su recuerdo a un porvenir borroso. ¿Por qué cuán

do me veo a mí misma, sentada pacientemente a la puerta de mi tienda, evoco en seguida aquella silueta alta y señorial del incógnito compañero de tren de una tarde? En el príncipe de mis cuentos azules, de mis sueños de oro, que viene galopando por el desierto hacia mi tienda, adivino aquellas facciones un poco graves y tristes, suavizadas por cierta sonrisa llena de ternura. A veces, esta persistencia en forjar su silueta, y este apretar los párpados hasta hacerme daño para retener su visión, y este extasiarme en la contemplación de una ficción de mi fantasía, me asustan un poco. ¿Estaré, por ventura, algo chiflada, o es que habré cometido el insigne disparate de enamorarme de alguna quimera? Porque pensar que la casualidad vuelva a juntarme con ese hombre que ni sé quién es, ni cómo se llama, es realmente una quimera. Dicen que todas las muchachas muy jovencitas, suelen enamorarse así, estúpidamente, durante cierta temporada. Yo creo, que, más que del hombre, nos enamoramos del Amor.

A veces, por rara casualidad coinciden en el hombre de quien nos enamoramos, nuestros sueños y nuestra conveniencia; pero, por regla general, el resultado de estas exploraciones románticas por el reino de la fantasía suele ser imponente y ruidoso fracaso, uno de esos porrazos capaces de quitarle el gusto de soñar al más pintado. Seguramente que si yo no corto por lo sano, estas divagaciones tontas, mi batacazo será también de los que forman época.

*Madrid, mayo...*

Al fin hoy se ha de dar la fiesta. Inés de Monroy ha sido lo bastante buena para ayudarme a organizarlo todo, porque lo que toca a abuelita no hay que pensar en que se interese por nada de todo esto. Y, sin embargo, nos ha dado carta blanca para que todo quede a la altura de una insigne casa como la de los Serralba.

Los tapiceros han entrado a saco y, en un día los magníficos salones de este viejo palacio, que Inés asegura ser uno de los mejores

de nuestra villa y corte, han salido, como sale una mariposa de su crisálida debajo aquellas fundas blancas que hacían aparecer los muebles— a la media luz de los balcones con espesos cortinajes y persianas caídas— como sorprendente procesión de fantasmas caminando a lo largo de las paredes.

Inés conoce bien todas las grandes casas de Madrid y otras muchas residencias señoriales de provincias, donde se guardan magnificencias dignas de figurar en los museos; pero hay que confesar que se ha quedado admirada ante los verdaderos tesoros que han ido surgiendo de aquellos salones oscuros, cuando los balcones, al abrirse, han dejado entrar chorros espléndidos de luz. Tampoco, yo, no había reparado nunca que en casa de abuelita hubiese tantas cosas admirables: muebles de época, tapices, cuadros, bronce, porcelanas, sedas antiguas, vitrinas cargadas de preciosidades.

Después de los tapiceros les ha tocado el turno a los jardineros; y éste sí que ha sido un verdadero toque de varita mágica... ¿Pues no parece que ríe a carcajada limpia este palaciete, oscuro y tétrico, que ayer mismo me parecía un panteón?

También Inés me ha dado un consejo acertadísimo sobre mi *toilette*. Este es un punto muy importante que no debe jamás perderse de vista. Y, con su ayuda, elegí hace pocos días un precioso vestido de gasa azul cielo, que ha de levantar seguramente mucho revuelo. Por cierto que al enseñárselo a abuelita— apenas llegó la caja de la estación y mi doncella le pasó la plancha— opinó que debía adornarme con perlas. Yo tengo el joyero de mamá que es espléndido, y preciosos aderezos de dichas gemas; pero al decírselo a abuelita, movió la cabeza, sonriendo, y llamó a su doncella, pidiéndole cierto cofrecillo de trabajo toledano, cuya llavecita luce, como si fuera un dije, colgada de la cadenita que tiene en el cierre un brazaletes con una inscripción, la cual lleva en todo instante en la muñeca derecha. Puso la doncella la arqueta encima de una mesita y abrió con mucha parsimonia la abuela con aquella minúscula llavecita. En

sus ojos había cierta luz de travesura, insólita en ella. Parecía regocijarse de antemano del efecto que iba a causarme la contemplación de tamañas maravillas.

Sobre el terciopelo azul que forraba el interior del cofre, apareció un montón refulgente de oro, piedras de todos colores y perlas maravillosas. La abuela hundió entre ellas sus manos aristocráticas y levantó las joyas para dejarlas caer luego, una a una, como cascada multicolor y centelleante...

—¿Qué cosa más bonita, abuela! ¿Son tus alhajas?

La abuela perdió al punto su expresión de gozosa travesura, y me pareció que sus ojos se ensombrecían.

—No, querida; no son mías, sino tuyas...

Me quedé un poco perpleja. Las alhajas de mamá estaban en mi armario guardarropa, desde que salí del colegio, y las de los Setralba —las que papá y abuelita entregaron a mi madre días antes de su casamiento— en un mueble de Boule que yo conocía muy bien, en el que fué cuarto de dormir de mi padre. Estas debían ser las joyas de mi abuela... ¿cómo es que decía que eran mías?

—No te entiendo, abuela...

—Sí, tonta. Estas preciosidades proceden de tío Abilio.

¡Ah, caramba! El tío viejecito que vivía en Cuba, pobre señor... Fué allá, cuando era muy joven, de guarnición a uno de los regimientos destinados a La Habana y allá se casó con una cubana riquísima, de quien no tuvo hijos y a la que heredó. Ahora comprendía... Estas alhajas, verdaderamente regias, eran las de aquella duquesa de Sacromoro, que yo no había llegado a conocer mi parienta por su casamiento con tío Abilio Sacromoro.

—Pues tenía muy buen gusto la mujer de tío Abilio, si fué ella quien las compró. Mucho gusto y mucho dinero, porque esto debe valer una fortuna. Es una suerte poder heredar estas preciosidades...

La mano de mi abuela me pareció que temblaba al suspender el fastuosos collar de brillantes, que deslazó un hiriente centelleo al

contacto con la luz. ¿Por qué aquella agitación? Y su voz se hallaba un poco enronquecida al contestar evasivamente:

—No eres tú sola la dueña de todo esto: es tuyo y de Esteban. Yo lo he guardado, como guardo otras cosas de mucho más valor,, que os entregaré cuando cumpláis la mayor edad.. A ti, quizá antes, cuando te cases; pero por de pronto, puedes lucir este maravilloso collar de perlas rosa en la fiesta de mañana con la seguridad de que no habrá otro que le iguale en oriente.

Abuelita siguió diciendo algo más que yo casi no escuché Me parecía que hablaba por hablar, y que en aquella verbosidad existía algo que no era natural; quizás el deseo de distraer mi atención para que no me diese cuenta de que estaba un poco turbada. ¿Qué extraño recuerdo sugieren a mi abuela estas joyas tan lindas para llegar a turbarla? No lo sé. Y después de todo, ¿a mí que más me da? En la vida de una mujer de la edad de abuelita, deben haber en verdad tantos recuerdos... y de tantas clases...

La he dejado frente al cofre ahito de brillantes, rubíes, esmeraldas, ópalos, turquesas y corales contemplando aquel montón fosforescente con una mirada vaga y angustiada. Iba ya a trasponer el umbral cuando he tenido la intuición de que abuelita padecía. Y entonces, con mi collar ensartado al brazo, he corrido a besarla impulsivamente, con la seguridad de que mis besos habían de consolarla de una amargura cuya causa ignoro.

—Abuelita, no te pongas triste... Me das mucha pena...

Como el día anterior, me acarició el cabello, con una ternura comprimida. ¡Oh, también esta abuela mía debe haber tenido, como yo, un alma ardiente! y mientras me acariciaba ella, y yo tenía la cabeza inclinada sobre su hombro, he descubierto en el fondo del cofre el brazalete que en estos momentos tintinea al chocar prendido a mi muñeca con el tablero de mi secreter, mientras escribo. Lo cogí cuidadosamente. Es de un trabajo complicado, primoroso y difícil, de un oro purísimo. Me

pareció una joya de inmenso valor artístico.

—Oye, abuela...

—¿Qué, preciosa?

—¿Por qué no me das esta pulsera para mí?

La abuela no encontró extemporánea mi petición. Calmada ya su excitación —aquella excitación incomprensible, volvió a sonreír, con su sonrisa triste y buena; y cogiendo el precioso brazalete, lo sacó de entre la maraña de broches, pendientes, collares y sortijas que se amontonaban en el cofre. Entonces pudimos ver que en la parte interior tenía una inscripción; es decir, parte de una inscripción el final de aquella frase comensada, debía estar en otro brazalete igual, que sabe Dios dónde estaría y quién lo poseería. Abuelita me explicó que era costumbre, antiguamente, entre ciertas familias, marcar inscripciones en distintas alhajas, que se repartían entre los hijos, y que luego atestiguaban las relaciones y el parentesco de sus poseedores. Después agregó...

—Este brazalete es de trabajo indio. Seguramente es una alhaja heredada por la duquesa de Sacromoro; y, probablemente, alguien de su familia, en Cuba, debe tener el otro brazalete que completa la leyenda.

—Sería curioso encontrarlo ¿no?

—Eso es punto menos q' imposible. En fin si te has encaprichado de él, puedes llevártelo y usarlo. Parece que ahora vuelven a estar de moda estos aros de dos dedos de anchura. Por mi parte, encuentro de mucho más gusto para una muchacha, una de esas pulseritas de aro muy fino, con una hilera de piedras... diamantes rosa, por ejemplo...

Así entré en posesión de este brazalete que no sé por qué me ha interesado tanto desde el primer momento.

*Madrid, mayo*

Bueno. Ya ha dado fin la fiesta: mi fiesta, la primera fiesta que se da en el palacio de Serralba, desde que mi padre ha muerto. Ha sido un éxito. No voy a entrar en detalles, naturalmente, porque son las cinco de la madrugada! y me caigo de sueño; pero no he querido acostarme sin escribir cuatro párra-

fos, apuntando mis impresiones, porque lo que toca mañana... ¡mañana no encuentro yo una idea ni para un remedio; mañana tengo yo una perivitis aguda de pronóstico reservado! Con que a resumir.

Los salones, espléndidos; la concurrencia, lo mejor de lo mejor; todos los ellos y todas las ellas, que son la nata de nuestro mundo, atraídos por el insólito hecho de volver a pisar estos aposentos, que estuvieron tantos años cerrados. En honor a mí y a la solemnidad del acto, abuelita se ha quitado el hábito para vestir un traje de seda, negro, recién confeccionado, el cual la hacía aparecer mucho más señora... si es que eso pudiera ser, porque, abuelita, es de esas mujeres que serían distinguidas y elegantes hasta con un pañuelo a la cabeza y un delantal. Y he podido darme cuenta esta noche de que habrá sido una mujer encantadora, de las que en sus tiempos habrán formado corro, vaya que sí, pues había que verla, desprendida de su adustez y tristeza habituales y cultivando esa sonrisa maga que sabe tener cuando quiere...

Dicen que yo me parezco mucho a ella, lo cual no tiene nada de extraño, puesto que yo me parezco también extraordinariamente a papá, y cuenta que los hijos varones suelen parecerse de un modo notable a las madres. No voy a extenderme en este detalle que se refiere a mi abuelita y a su amable aspecto durante la fiesta; ni a otros más o menos agradables. En torno mío oí decir que había sido el mejor baile de este año. Jaimito Pimentel lo asegura igualmente, y hay que contar que es voto en la materia y que no ha perdido ni siquiera uno en toda la temporada.

Divertirme, me he divertido enormemente, si a bailar y reírme se les puede llamar divertirse, pero debo confesar que desde mediados de invierno —ignoro el por qué— voy sintiendo que todos estos alboros mundanos van hastiándome ya y dejando un gran vacío dentro de mí. Debe ser cierto lo que dice abuelita: como todos los Serralba, debo tener un alma ardorosa que no se sacia con estas banalidades.

*(Continuará)*

# La "razón real" de la conversión a la fe católica de la notable Escritora y ex-Representante al Congreso de Estados Unidos, Clara Bothe Luce, tal como ella lo relata en la Revista Mc Call's

(Termina el artículo *Conversión de Clara B. Luce*)

Pocos no católicos pueden tener una idea mucho más clara de la Doctrina Católica que la que yo tenía antes de comenzar a recibir mis instrucciones. Y esa idea mía era ciertamente nebulosa. Le costó al Padre Sheen varios meses el despejar esa densa nube de prejuicios y supersticiones que yo había adquirido a través de toda mi vida. Sería fútil e insensato para mí el tratar, en los límites estrechos de este artículo, disipar el miasma de información inexacta concerniente a las Doctrinas Católicas específicas que pueden envolver a algunos de mis lectores como me sucedía a mí al principio.

Aquellos que son ignorantes del Catolicismo y desinteresados en él, rara vez sienten la tentación de discutirlo. Pero es bastante extraño que casi todo el mundo está interesado en el Catolicismo y quiere argumentar acerca de él, bien sean ignorantes o no de lo que éste enseña. Desgraciadamente la ignorancia siempre lleva más ardor que luz a los argumentos, tal como mi ignorancia lo hacía en tiempos pasados. A menudo ha sido observado que los católicos que son ignorantes de muchas de las ortodoxias de otros, generalmente se callan herméticamente como el ostión en su concha cuando aquellas se discuten. Ese es el punto que algunas veces se hace valer contra ellos...

Si una persona está interesada en alguna cuestión legal, aunque no sea sino para rebatirla, consulta a un abogado. Si quiere saber algo acerca de la naturaleza de una enfermedad, consulta a un doctor. Si alguien realmente quiere discutir inteligentemente, que es la única forma en que el catolicismo debiera ser discutido por cualquiera, él debe consultar con un sacerdote católico. Y éste le dirá

lo que los católicos creen realmente, por ejemplo, acerca de la Inmaculada Concepción o Nacimiento de la Virgen (dogmas en que los no católicos siempre se hallan confundidos), sobre la Comunión de los Santos, o el Bautismo, la Confirmación, la Sagrada Eucaristía, la Misa, la Penitencia, la Confesión, las Indulgencias, las Ordenes Sagradas, la Extremaunción, el Cielo, el Infierno y el Purgatorio.

No soy yo quien va a criticar duramente a quienes, en su ignorancia, critican a nuestra Santa Madre la Iglesia. Porque yo, también, en un tiempo compartía su actitud de incredulidad.

Fueron necesarias dos guerras mundiales, el derrocamiento de varias docenas de tronos y de gobiernos, la revolución rusa, el rápido colapso en nuestro propio tiempo de centenares de sistemas filosóficos algunos de los cuales se derrumbaron en mí misma, la muerte de millones de seres humanos, así como la muerte de mi hija, antes que yo estuviese voluntaria a echar una mirada a esta extraordinaria institución que es la Iglesia Católica. Tanto y más por la Gracia de Dios— fué necesario para fijar mi entendimiento en el hecho de que esta Iglesia Unica ha sobrevivido elevándose sobre las ruinas del tiempo. Y para hacerme ver que yo también había sido antes tan egoísta que antes que reconocer que esa Iglesia ha criado en su seno una gloriosa y espectacular pléyade de poetas y filósofos, santos y mártires, los había ignorado.

Y sin embargo, 30 años después de la revolución comunista, Stalin todavía ajusta sus empeños conforme a la era Vaticana y no a la

era atómica. Es el año de Nuestro Señor 1947 en Moscú y en Chungking y en el Tibet y en Oak Riridge y en todas partes del mundo. Y en este año de Nuestro Señor 1947, la Santa Madre Iglesia está ofreciendo centenares de Misas cada minuto, todas las horas del día, en toda la redondez de la tierra. Y todos los fieles que se arrodillan ante sus altares, con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento y sus corazones puestos en Dios, creen todavía, como su Salvador, que el amor y no el odio, nos traerán el Reino de Dios. (Oh, Señor, ayuda TU a los que no creen). Y porque así lo creen, en todo el mundo, al final de cada Misa, ellos ofrecen sus oraciones "por la conversión de todos los pecadores" y "especialmente porque el pueblo ruso vuelva a Dios", y por ellos mismos y por los seres queridos. Y ruegan también por sus peores enemigos, que es mejor que lo que hacen los hombres en todas partes del mundo. Porque ellos fijan sus miradas en AQUEL que dijo: "Pa-

dre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

Y para todos aquellos que se arrodillan ante SU altar, para todos aquellos que han "amado la Belleza de Tu Casa y el lugar donde resides Tu gloria", les viene en recompensa tanto como pueda recibir cada uno, de Fe, Esperanza y Caridad. Y la más grande de estas es la Caridad. Caridad que es amor del hombre para Dios y de Dios para el hombre. En ninguna otra parte podrá hallarse en tal pureza y en tal abundancia. Es por eso que hallamos tantos Fieles ante Sus altares, no solamente los domingos en la mañana, sino también todos los días de la semana y todas las horas del día y a todo el largo de sus vidas de Católicos.

Yo soy una conversa y allí ante el Altar de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, oigo Su Voz que como un mar rebosante me dice: "Levántate, toma Mi mano, y ven!..."

## ¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- \* ALIMENTACION ADECUADA ;
- \* VESTIDO APROPIADO ;
- \* CASA CONFORTABLE
- \* ATENCION MEDICA ;
- \* EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

**BANCO NACIONAL DE SEGUROS** Fundado en 1924

## Elogios al Muerto

Por Hugo Wast

No se podrían casar las gentes, no podrán realizar nada bueno ni malo, y sobre todo no se podrán morir sin hacer tanto ruido?

¿De dónde nos nace este afán de comunicar al mundo lo que hacemos de agrado o por fuerza? ¿Acaso el que lo sepa el mundo, y no Dios solamente, agrega algún mérito a la obra buena? Acaso porque el mundo la aplauda, la obra vana, hecha con buenos pretextos, más por ostentación y publicidad, deja de ser vana?

¿Creemos sincero ese aplauso arrancado con nuestra propaganda? ¿No advertimos que nos aplauden por cortesía, por una fórmula, por costumbre, y mofándose de nuestra impaciencia y de nuestra voracidad por ser aplaudidos?

¿Quién supiera vivir, y sobre todo morir, en silencio!

Hasta con la muerte propia queremos llamar la atención. Noticias necrológicas, retratos en los periódicos, carros de flores detrás del féretro, misa de cuerpo presente, a la que asisten por compromiso, charlando distraídamente, los amigos y aun los enemigos, creyentes y ateos, sin pensar en la pobre alma del muerto. Y después en el cementerio, los discursos, los desoladores lugares comunes, des crédito de la historia y de la gramática las apologías sin fe, sin esperanza, sin caridad...

¡Ay, de mí! Yo quiero morir sin tambores

ni platillos y ser enterrado sin pompa. Nada de funerales con marchas de Chopin y diabólicos hachones humeantes y olores paganos. Misas, todas las que se me puedan decir, rezadas y en presencia de Dios atento, no de las gentes distraídas hasta el sacrilegio. Y, sobre todo, nada de discursos.

Prometo rogar allá arriba por los que hayan tenido ganas de hablar y se hayan callado. Pero si alguno, desoyendo mi súplica, balbuceara un panegérico delante de mi cajón, yo me quedaré quieto en ese momento, porque no se estila que el muerto conteste, pero esa noche me le apareceré y con genuina voz de ultratumba le diré:

"¡Indiscreto amigote!, ¿quién te dió velas en mi entierro? ¿Por qué abriste el pico, cuando yo te había suplicado que lo cerraras? ¡Nadie creyó lo bueno que dijiste, en cambio les hiciste acordarse de lo malo que callaste! O no sabías lo que decías, o no decías lo que sabías".

Y si allá arriba topo con el que inventó los discursos fúnebres, tendrá que oír el que yo echaré, por haber dado ocasión para que delante de un muerto que acaba de enfrentarse con su destino eterno se enhebre un sartal de elogios, injustos y tontos casi siempre y casi nunca cristianos.

No quiero que, si a mis colegas les da en la flor de elogiarme. (¡por primera vez, ay,

### SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

**Tienda de DON NARCISO**

### CONSULTORIO OPTICO

### "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista

LENTEs Y ANTEOJOS

DE TODOS LOS PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

de mí!) me ocurra lo que aquel negro carpintero, miembro de la cofradía de San José, fundada en Córdoba por el célebre Padre Carlucci, hacia 1890.

Era el confrade el más redomado borrachín y el peor carpintero de ocho cuadras a la redonda de la iglesia jesuíta, donde se agrupan la mayoría de las iglesias de la docta ciudad.

A más del peor carpintero, era el peor marido y el más desalmado padre de hasta seis negritos, preciosos como cuentas de rosario.

Pero Dios tuvo compasión de él, y un día lo hizo morir cristianamente; y, como era de ritual, la Cofradía de San José se encargó de su entierro, que había de celebrarse con misa de cuerpo presente en la iglesia de la Compañía de Jesús, donde se usaba por aquellos años echar una p'atiquilla en elogio del difunto.

Es el caso que se llevaron en hombros el cajón del negro; y su flamante viuda demostró un buen rato, vistiendo de riguroso luto a los seis negritos, que, a decir verdad, mostraban los dientes encantados, pues aquellos trajitos algo menos sombríos parecían.

Cuando con su oscura troPillita llegó a la iglesia, la misa estaba adelantada y el padre director de la cofradía se hacía lenguas de muerto.

—¡Era un buen cristiano! ¡Muy trabajador! ¡Un excelente carpintero! ¡Un virtuoso padre de familia!”

La negra, que esto oyó, ahí no más pegó un respingo y dió la vuelta.

—¡Vamos, hijitos! —dijo, remolcando de nuevo a su doliente prole— ¡nos hemos equivocado de iglesia!

Suscríbese a la "LA CRUZ" importantísima Revista mensual de ascética y mística, hábilmente dirigida por los Rvdos. Padres Misioneros del Espíritu Santo de Méjico, cuyo Director responsable es el famoso escritor de atildado estilo y de santa unción R. P. José Guadalupe Treviño. Pídanos la Suscripción . . \$ 6.60. — (un dollar) al año.

## Normas Sociales

Con notoria imprudencia hay personas que apenas al serle presentada otra comienzan a gastar sus bromas y a procurar demostrarle su espiritualidad mediante recursos inconvenientes. Y sin quererlo pierden a veces la oportunidad de sellar una amistad.

Un compromiso que se rompe no debe ser voceado a los cuatro vientos. Lo prudente es no esforzarse por dar versiones de lo acaecido ni abrumar de culpas a la parte contraria. Un poco de disimulo, de prudencia en estos casos, redundará en general beneficio, porque reduce los comentarios ajenos al minimum y especialmente la joven evita el verse enredada en el chisme fácil.

Cuando dos personas a un mismo tiempo toman la palabra, siempre el hombre debe cederla a la mujer. Si fuesen dos los caballeros, quedará el hilo de la conversación en poder del de más edad o posición más relevante.

Cuando se tiene noticias de que una persona amiga se halla enferma o ha sufrido un accidente, corresponde cerciorarse en seguida del estado de salud, cosa que puede hacerse por teléfono si no se dispusiese de tiempo como para hacerlo personalmente, ya que igual se cumple si la amistad no es íntima.

*Elisa H. de Sierra*

**CONSIGANOS SUSCRITORES**

# RECETAS DE COCINA

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

## CREMA DE CHOCOLATE

- 1 litro de leche
- 1 vaso de azúcar
- 1 cucharada de mantequilla
- 3 yemas de huevo
- 3 cucharadas de maicena
- 3 tabletas de chocolate Milán
- 1 cucharada de vainilla

Se ralla el chocolate y se mezcla con el azúcar. Se disuelve la maicena aparte en un poquito de agua fría, y se agrega al chocolate con el azúcar, las yemas, la mantequilla y la leche hirviendo; cuando todo está bien ligado se cuele y se pone al fuego moviéndolo continuamente hasta que hierva. Se baja del fuego y se le echa la vainilla y se vierte en una fuente, se deja enfriar. Esta crema fría puede servir para hacer helados, pero entonces no se le pone mantequilla.

## GALLETAS A LA REINA

Se bate en una fuente honda con una cuchara de madera, un cuarto de libra de azúcar molido bien blanco, con cinco yemas de huevo; cuando esto está bien espumoso, se agregan 7 cucharadas de agua y se mezcla despacio; se baten las cinco claras a punto de nieve; al batido se le agrega un cuarto de libra de harina cernida; se mezcla despacio y por último se agregan las claras mezclándolo despacio. En cazolejas untadas de mantequilla y espolvoreadas de harina se van poniendo montoncitos de la pasta, dándoles las formas que se quieran; se espolvorean por encima con azúcar molido y se asan en el horno con calor regular hasta que estén doradas de un color apenas rubio. Se sacan las cazolejas del horno y con mucho cuidado se van quitando las galletitas y se ponen a enfriar en cedazos.

## Reflexiones Cristianas

No hay duda: la murmuración es maldad, y completamente opuesta al amor al prójimo. El que calumnia o habla mal de otro no es discípulo de Jesús, puesto que El mismo dijo: La señal por la que se conocerá que sois discípulos míos será si os amareis los unos a los otros. Pues ¿qué pecado hay más opuesto a este grande mandamiento que el de la murmuración o maledicencia? No sólo nace de un corazón avinagrado y ulcerado, sino que muerde a su enemigo y le despedaza. Ningún ladrón hace robo más sensible; ella quita al hombre lo más precioso, lo más estimado que tiene. Es la reputación un bien que no se puede enajenar; es un tesoro inestimable que si una vez se pierde, ninguna cosa puede resarcir.

La maledicencia a ninguno perdona. ¿Quién estará a cubierto de sus tiros? Lo más respetable no está seguro de las dentelladas y de las envenenadas mordeduras de una lengua murmuradora y mal hablada. ¿Qué brechas no abre en la justicia, en la caridad para dejar manchada de por vida la inocencia más pura. Es la maledicencia la que apaga la caridad, la que rompe los más estrechos lazos, la que siembra las más mortales discordias, la que emponzoña las acciones más inocentes, la que enciende los odios más irreconciliables, la que tizna la reputación más brillante, la que desacredita la más sólida virtud, la que empañia todo el mérito de los sujetos más recomendables.

**Ofrezcámos a la Santísima Virgen al Rosario en Familia**

# COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

## Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

# SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

# Banco de Costa Rica